XIII

El hospicio de jovenes tísicas.

El antiguo código de la caballería, dice du Camp, tenía un mandamiento que decía asi: « Respetarás á todos los débiles y te constituirás en su defensor. » Una vez que hubo desaparecido la orden de la caballería, ese mandamiento fué aceptado por almas religiosas que, sin saberlo, son la viva divisa de aquel mandamiento. Ya hemos visto las obras de las Hermanitas de los pobres y las de las Damas del Calvario, las cuales « respetan al débil y le protegen, como hacía el caballero que deseaba ser fiel á su orden ». « Y no sólo lo respetan, añade el escritor, sino que lo buscan y se arrojan en medio de las desesperanzas humanas para buscar alguna desgracia mayor que todas. Detrás de la humildad de una existencia voluntariamente anulada, hay una constancia en la abnegación que llena de admiración á los más incrédulos; bajo el escapulario de algunos hombres y la pañoleta de algunas mujeres, hay corazones que han pasado por todos los sacrificios humanos. En aquellas casas, á las cuales he penetrado de de día y de noche, sin que me esperasen, siempre he visto el mismo espectáculo : gentes que procuran hacer olvidar el sufrimiento ajeno con dulces palabras y buenas acciones. Entre el dolor y la caridad hay allí una lucha incesante; el dolor se multiplica,

se presenta bajo diversas formas, pero la caridad lo acecha, lo persigue, lo alcanza y lo debilita, aunque no tenga esperanza de vencerle enteramente.

« Á medida que se han desarrollado los grandes centros de población, la indigencia y las enfermedades han encontrado mayor número de víctimas. En las ciudades demasiado pobladas, esa plaga es permanente, y sólo tiene un enemigo : la permanente caridad. En el centro de inmensas ciudades como París, la caridad no puede ser general, porque perdería su tiempo y no alcanzaría á aliviar á los desgraciados. Ha tenido, pues, que limitarse á dividir su acción para no faltar á la misión que se ha impuesto. Así como hay médicos que sólo se ocupan de ciertas enfermedades, así las instituciones de caridad no abren los brazos sino á ciertas miserias. Ya hemos visto que las hermanitas de los Pobres no recogen sino ancianos indigentes, las damas del Calvario no cuidan sino cancerosos, etc. etc. Tal parece como si la fe enviase uno de sus apóstoles al lado de cada debilidad de la materia y del espíritu para curar sus llagas y limpiar el alma. »

El fundador de la obra que nos ocupa hoy es un sacerdote de noble raza, llamado Luis Juan María de Soubiranne. Era Vicario de San Miguel de Castelnaudary (en el mediodía de Francia) en 1820. Desde que empezó á ejercer su ministerio procuró hacer todo el bien posible en su parroquia y fundar asociaciones benéficas, que al principio no tuvieron efecto.

Al fin resolvió tratar de establecer una institución para proteger á las sirvientas sin asilo, que van á las ciudades en busca de servicio, y allí muchas veces se pierden y desmoralizan porque no encuentran un

alojamiento honrado en que albergarse mientras buscan una casa.

En 1854 logró que dos sobrinas suyas organizasen una comunidad llamada de María del Socorro *(Marie Auxiliatrice)*.

Esa buena obra, nacida en Castelnaudary, no pudo prosperar en un lugar tan poco poblado, y así fué que emigró á Tolosa, gran ciudad de 120.000 habitantes. Pero aun allí encontraron que no podían hacer el bien como lo deseaban. Ya en 1870 había muerto el abate Soubiranne, pero su idea se había encarnado en sus discípulas. « La mujer, observa el autor, es más audaz que el hombre; su corazón la arroja, y á veces la precipita en medio de peligros que no había medido ni previsto. » Así fué que la comunidad de María del Socorro soñó con ir á París; pero ir á París en medio de la guerra con Prusia era imposible. Fué preciso aguardar, pero aun antes de que se acabasen de calmar las pasiones despertadas por la Comuna, las hermanitas de María del Socorro llegaron á París, en donde pensaban que serían más útiles, por lo mismo que aquella ciudad había sufrido tanto.

« Las comunidades contemplativas, dice du Camp, pueden vivir en el campo; en el desierto están aún mejor; pero las activas no tienen razón de ser si no van á buscar la riqueza, el vicio, la caridad y la enfermedad que les proporcionan un gran campo de miserias y de limosnas. »

En París las hermanas encontraron que, aunque su idea primordial era buena, no era completa. Resolvieron, pues, recibir niñas externas é internas para enseñarles las nociones rudimentales de la educación moral é intelectual; mujeres pobres, viudas la mayor parte, á quienes proporcionaron un asilo honrado y barato en donde pudiesen albergarse y vivir tranquilas. Éstas pagan una corta pensión en cambio de un cuarto abrigado y una alimentación sencilla, pero sana y suficiente. Al lado de éstas hay una sección en donde se hallan las institutrices que buscan un empleo y pueden vivir tranquilas mientras lo encuentran; y por último, hay otra sección destinada á las sirvientas, costureras y mujeres trabajadoras que no tienen casa ó que han tenido que dejar su oficio porque están enfermas. Las hermanas del Socorro las albergan, las cuidan y las proporcionan los medicamentos que necesiten. Tienen derecho á permanecer en aquel asilo pagando una cuota insignificante durante tres meses, con la condición de recogerse á las siete de la noche.

Habían notado las hermanas que muchas jóvenes, — costureras por lo general, — sufrían de enfermedades del pecho, y pensaban que obra tan buena sería tener una casa en el campo en que las enfermas pudiesen respirar aire libre y puro.

Deseosa la madre superiora de arrancar del vicio á una joven costurera sin familia y enferma, resolvió admitirla definitivamente en el asilo, y éste fué el primer paso dado hacia el *Hospicio de jóvenes tísicas*, que se fundó después.

La comunidad se sostiene con limosnas, naturalmente, y cada día algunas hermanas salen á buscarlas por la ciudad. El vestido de las novicias es blanco; el de las profesas es negro, con pañoleta y cofia blancas y velo negro.

De la cintura les cuelga un rosario, el cual, dice

du Camp, al golpearles las rodillas les dice: « Pensad en Dios. »

Dos hermanas « limosneras » entraron un día á una tienda en donde vendían géneros de lana, con el objeto de pedir unos pedazos de franela para abrigar á algunas enfermas del pecho que tenían en la enfermería.

— ¡Cómo! exclamó la tendera, ¡ustedes cuidan á las tísicas! ¡Ah! repuso llorando, ¡yo tengo una niña que se me muere de ese mal; si me la quisieran recibir en su casa, al menos tendría aire que respirar!

Las hermanas encontraron en un miserable cuarto, en donde no podía casi respirar, á una pobre niña de diez y siete años en el último estado de tisis.

Avisáronle á la superiora, la cual inmediatamente la llevó al asilo, y aunque era contrario á los reglamentos, la instaló en una pieza grande, clara y alegre.

¡Cuántas infelices mueren en París de tisis desarrollada por los malos aires y por falta de precauciones higiénicas! En los hospitales no las reciben, porque es una enfermedad muy larga y no tienen campo sino para los males agudos y de corta duración.

Las hermanas de María del Socorro resolvieron entonces trabajar para conseguir una casa fuera de París, en donde pudieran mandar á morir tranquilas á las tísicas que habían recogido.

Acogieron esta benéfica idea varias señoras caritativas de París, y pocos meses después pudieron arrendar unas casuchas poco cómodas en Livry, en las goteras de la ciudad. Allí llevaron á las enfermas y las instalaron en las mejores piezas, y la superiora

de aquella sucursal de la casa madre dormía en un cuartito tan desabrigado, que cuando llovía á media noche tenía que abrir un paraguas. Pero las pocas enfermas que cabían estaban bien y tenían un jardín adonde bajaban cuando lucía el sol.

Aquellos actos de abnegación llamaron la atención de algunos ricos de París; éstos se reunieron y entre todos formaron una sociedad de beneficencia y recogieron una cantidad con la cual compraron una buena propiedad á 18 kilómetros de París, con su casa de habitación, llamada Villepinte, y se la alquilaron á las hermanas de María del Socorro por una suma nominal. Villepinte había pertenecido á una abadía de la edad media y después á varios señores nobles, los cuales habían fabricado una casa de campo con sus edificios para negocios de campo y un hermoso parque.

El nuevo hospicio se instaló allí el 19 de marzo de 1881, pero depende del de París.

Cuando du Camp visitó esa casa de beneficencia encontró á treinta jóvenes enfermas, pero que aun parecían gozar de una salud suficiente, trabajando alegremente y paseando por el parque, todas llenas de ilusorias esperanzas de curación. Allí no van sino las que han sido desahuciadas por los médicos, pero sin embargo algunas se han curado.

La vida que llevan es muy descansada. Deben presentarse á las ocho en el refectorio; en seguida, las que tienen fuerzas se ocupan en arreglar los dormitorios, etc., y después salen á pasear al parque; si pueden, cosen de las dos á las tres; comen, y luego, de las cuatro á las cinco, vuelven á coser; á las seis refrescan y á las ocho se acuestan. La comida es

buena y nutritiva, y á cada enferma le dan lo que más puede convenirle. Los dormitorios están divididos según el grado más ó menos adelantado de la enfermedad, y son todos grandes, ventilados, pero sin corrientes de aire y en el invierno bien calentados. Todas estas comodidades provienen de las limosnas y caridad de las mujeres del gran mundo de París, cuyos nombres se encuentran siempre en toda buena obra, y sin que nadie lo adivine dan á los pobres no sólo su dinero, sino su tiempo y sus cuidados. Ya hablamos de ellas en el artículo que corresponde á las Damas del Calvario.

Á más de esos dormitorios, hay otros en que se ven menos camas; éstos son los de las enfermas graves, y por último uno en que hay dos camas: las de las moribundas. Cada vez que muere una allí, cambian el papel del cuarto para cortar el contagio.

« Cuando entré en aquella pieza, dice du Camp, vi que una hermana estaba sentada haciendo medias y vigilando á dos niñas de diez y seis años que casi no estaban en este mundo. La enfermedad las había enflaquecido hasta ponerlas trasparentes, pero tenían el espíritu sereno, el cual se afina á la hora postrera y comprende ya misterios que la materia le impedía entender. En ese estado parece como si el alma se cerniera sobre el cuerpo aniquilado; todavía no ha partido, pero ya no es de este mundo. Una de estas moribundas tiene la cara envuelta en trapos; un tumor horrible le cubre el ojo derecho. Sobre una mesa cerca de su cama veo toda clase de golosinas, una taza de caldo frío y una copa de vino de Málaga; la infeliz no puede ya probar nada; tiene la cabeza sobre la almohada, está sin movimiento y parece

tranquila y contenta; le hablo, pero casi no puede contestarme. La otra es encantadora; está acostada largo á largo sobre la espalda, inmóvil, y tiene los ojos fijos, mirando el mundo invisible sin duda. Chateaubriand dijo: « ¿Porqué no se ha de tener en la tumba la gran visión de la eternidad? » Sus cabellos rubios le formaban una especie de auréola en contorno de la cabeza, y la palidez de su frente parecía de cera; tiene los ojos inmensos rodeados de ojeras; el pulso es acelerado, como si quisiese acabar ligero, así como la respiración pronta también. Tenía las manos sobre la colcha y las movía como con una convulsión.

» — ¿Cuántos años tiene usted? le pregunté.

» — En el mes de mayo cumpliré diez y ocho, me contestó en voz baja.

» — Ése es el mes de las rosas, le contesté; le traeré un ramo.

» — Me gustará mucho, dijo con cierta semisonrisa.

» Me alejé prontamente; la vista de los que van á morir me recordaba demasiado á los seres queridos que partieron así.

» Salí por un pasadizo, y sin pensarlo abrí una puerta que me quedaba al frente. ¡Me quedé de una pieza! En un cuarto angosto, iluminado por una gran ventana que parecía abrirse sobre el infinito, vi á una niña acostada sobre un lecho enteramente blanco. Detrás de ella había tres luces, que eran como una confesión de fe. Una hermana y una madre estaban arrodilladas rezando frente al cadáver vestido de blanco y con un cinturón azul que le bajaba hasta los pies. En las manos blancas, blanquísimas, tenía

un rosario como si rezara una oración suprema, y un velo de muselina la envolvía completamente. Los párpados cerrados y la palidez que hacía contraste con los cabellos negros y la sonrisa sobre los labios la daban una expresión de paz que me llamó la atención. Recordé una frase de san Pablo : « No estéis tristes como los paganos que no tienen esperanza. »...

» Las hermanas de María del Socorro son muy dulces y maternales con sus enfermas, y se muestran ingeniosas para llevar á cabo el tratamiento que los médicos prescriben á cada enferma... » Frecuentemente, para ocultarlas su estado de debilidad, no las permiten hacer su cama y barrer el dormitorio, lo que todas tienen gusto en hacer como un pasatiempo, y las distraen con otras ocupaciones más fáciles. En cuanto á los alimentos, no podrían estar mejor servidas en parte alguna; cuando les falta enteramente el apetito en el último período, piden toda clase de golosinas que las hermanas procuran darlas.

En muchos casos las buenas enfermeras han logrado curar á las que sólo están en el primer período de la tisis. De 229 enfermas que recibieron en todo el año de 1883, curaron radicalmente á 74 y mejoraron notablemente á 59; lo cual prueba que cuando se logra combatir los primeros síntomas de la tisis con una buena alimentación, aire puro y una vida arreglada y sana, no es difícil llegar á curarla.

Fuera del hospicio en que cuidan á las enfermas indigentes, ó que pagan una pensión casi nominal, las hermanas reciben como pensionistas algunas señoras de salud enfermiza que no tienen hogar y desean que las cuiden manos caritativas y no mercenarias. El parque con sus sombreadas alamedas les

llama la atención, pero más que todo el amor evangélico de las religiosas.

La leche es uno de los alimentos más necesarios para las enfermas; así es que las hermanas tienen un pequeño cercado y un pesebre para cuidar algunas vacas y cabras que forman además la distracción de las enfermas.

« La primera vez que visité el hospicio de Villepinte, dice du Camp, lo hice con el consentimiento de la superiora, y, como avisé el día y la hora en que debería ir, me aguardaban naturalmente. Así fué que aunque la casa me pareció una enfermería modelo, en donde los enfermos y los agonizantes eran tratados con el mayor cariño, y aun las muertas recibían pruebas de respeto; sin embargo, mi visita había sido anunciada, y todo lo encontraba en el mayor orden; las enfermas estaban alegres, los alimentos eran suculentos y hasta la muertecita la veía bien ataviada.

» Todo aquello me enterneció, pero me propuse presentarme otro día de repente... Así lo hice, y algunas semanas después me encontraba á la puerta de Villepinte. La superiora del asilo me recibió con sorpresa y al momento volví á pasearlo. Lo encontré en el mismo estado de orden en que lo vi la primera vez. No me fué posible encontrar la menor diferencia en cosa alguna.

» — ¿Y la jovencita del pelo de oro? pregunté de repente.

» — Murió anoche, me contestaron.

» Subí al cuarto fúnebre : la pobre niña estaba tendida sobre la cama que debería dejar sólo para ser llevada á enterrar; vestía el traje blanco y la cinta

azul, las manos cruzadas sobre el pecho con el rosario entre los dedos; el velo de muselina la cubría completamente, y detrás se hallaban las tres luces simbólicas. Al pie de ella oraban las hermanas. Todo estaba, pues, lo mismo que el primer día; sólo la muerta era diferente.

» Una madre que había perdido uno de sus hijos tuvo la idea de fundar un asilo para los niños enfermizos y débiles. Nadie sabe lo elocuente que es una cuna vacía, y qué esfuerzos de caridad se hacen para hacer callar el dolor de una madre. En la soledad, en sociedad, en las faenas de la casa, en medio de las ocupaciones más frívolas de la vida, siempre y á toda hora el niño perdido llora en el corazón de la que le dió el ser. Ella no más le oye, y el ruido y la alegria de los demás no le impiden oírle. « Según la doctrina de los indios, dice Chateaubriand en sus *Memorias,* la muerte no nos destruye, sino que tan sólo nos hace invisibles. » Aquello es cierto, sobre todo para los niños. Su cuerpecito material ha devuelto á la naturaleza lo que ésta le había prestado; el polvo se ha convertido en polvo, pero su alma ¿en dónde está? Ella está con su madre, la sigue á todas partes, la aconseja y la enternece. El niño que ha sufrido piensa en los que sufren, y le dice á su madre :

» — ¡Anda, socorre á los pequeñuelos como lo era yo cuando estaba en tus brazos; esos infelices tal vez tendrán que dejar á sus madres porque éstas no los saben cuidar como deben!

» La madre piensa que es el recuerdo de su hijo el que la empuja á las buenas obras en favor de la infancia raquítica. Pero se equivoca : es el niño mismo

que la inspira, que la dirige y la obliga á cumplir esas acciones caritativas, en las cuales tal vez no hubiera pensado antes. »

Tal vez la idea poética de du Camp no es enteramente exacta, ni debemos pensar en que así sea, pero es tierna y hermosa.

En las orillas del parque de Villepinte se encuentra una construcción nueva que lleva esta inscripción con letras negras :

Fundación Hochon-Lefuel.

Este edificio ha sido mandado construír y lo sostiene casi sola una señora que llora la pérdida de un hijo pequeño, y que se ha propuesto fundar un hospicio para los niños raquíticos. Es preciso, pensó, no solamente curar á los tísicos, sino en primer lugar impedir que lo sean. Aquel asilo recibe niñitas de cuatro á doce años, que sean de una constitución débil y propensas á enfermarse del pecho. Allí les darán educación física y moral y les impedirán que se desarrolle en ellas el terrible mal que las amenaza.

Éste es un establecimiento relativamente nuevo : se abrió el 1.° de diciembre de 1883.

La hermana de María del Socorro que han escogido para encargarse de las niñitas, es joven y alegre, para que pueda instruírlas divirtiéndolas. ¡Infelices criaturas! Algunas son mal conformadas, otras sordas y escrofulosas, de mal color todas, ó á lo menos de un aspecto de mala salud.

Aunque la institución se fundó ha poco, pronto tuvo un personal completo : capellán, médico, religiosas y maestras. Se verá con este ensayo si es posible

salvar á un niño cuya constitución ha sido viciada desde su nacimiento. El agente principal en que fundan la esperanza de aquel establecimiento es el ambiente puro que se respira en los bosques. Tienen muchos árboles, sobre todo pinos (cuya fragancia es muy provechosa para las enfermedades pulmonares) y prados, jardines y hortalizas.

Máximo du Camp dice que algunos médicos famosos recomiendan á los enfermos del pecho, y sobre todo á los niños, que tengan una rama de pino ó de otro árbol verde suspendida sobre la cama, y exige además mucho aire puro.

El hospicio de las jóvenes tísicas no cuenta sino pocos años de existencia, y ya ha probado que puede hacer un gran bien, pero le falta, dice du Camp, mayor número de dormitorios para poder recibir más enfermas. « Un millonario, concluye diciendo, que quisiera tomar á su cargo esta obra, haría un acto grandioso y merecería bien de la humanidad. » Si en Sud-América, añadiremos, se pudiera hacer la centésima parte de lo que llevan á cabo las mujeres europeas, el aspecto de estos países cambiaría. Para esto bastará buena voluntad, espíritu de orden y sobre todo de constancia, que es lo que nos falta siempre, y más que todo esta actividad y ánimo para no desalentarse en las empresas que se comienzan.

PARTE TERCERA

MUJERES MISIONERAS Y MORALIZADORAS

Mujeres misioneras.

I

Hay varios modos de ser *misionera* : puede serlo una persona entre salvajes ó en las ciudades demasiado populosas — en que la corrupción de las costumbres ha hecho olvidar el cristianismo — y en los distritos alejados del centro de la civilización, y adonde no llega sino muy amortiguada la doctrina del Salvador.

Á todas tres clases de misioneras pertenece el interesante tipo de mujer que vamos á presentar hoy á nuestras lectoras.

Nacida madama Duchesne en vísperas de la Revolución francesa, en Grenoble, su familia hacía parte de la clase tan respetable de fabricantes y abogados que han tenido siempre grande influencia en la política, y formaban la clase media, ó *tiers état,* que tanto papel hizo en la Revolución francesa.